



ENTOMOLOGÍA

Sir Angelot

ENTOMOLOGÍA



Primera edición: mayo 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Sir Angelot

ISBN: 978-84-19748-78-2

ISBN digital: 978-84-19748-79-9

Depósito legal: M-16777-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

«Dudo mucho que en mis libros haya un solo héroe; todos son antibéros, pero, al propio tiempo, todos están envueltos en una cálida mirada de comprensión. He procurado dotarlos de humanidad y de ternura. Una ternura que no siempre está a flor de piel, porque muchos de mis personajes son primarios y bruscos, pero que se adivina en cuanto se les conoce a fondo».

MIGUEL DELIBES

Trofeos

El duque de Wellingham anda de caza por su salón de techos infinitos. Es de vital importancia que todo el recinto esté bien iluminado; por eso, Alfred, el fiel mayordomo, ya le ha descornado todos los cortinajes. El duque viste pijama de satén, bata con el blasón familiar, fular, y lleva puestas las gafas de lupa de modelismo. Camina descalzo, calcula cada paso, se siente un puma a punto de saltar sobre su presa. En una mano, lleva el tarrito de cristal y, en la otra, el sacudidor de alfombras de ratán trenzado. Sigilosamente, se aproxima a un tresillo de brazos dorados y golpea, con fuerzas octogenarias, el asiento de seda rosa. La explosión de polvo que levanta queda iluminada por los rayos del sol. Es entonces cuando, con la templanza del cazador consumado, el duque acerca el tarro de cristal a la nube de purpurina y deja que entren nuevos ácaros para su colección.

El salón del billar está forrado de vitrinas. Todas vacías a la vista. Solo el duque es capaz de distinguir cada una de las cinco mil especies de ácaros que ha cazado.

Cumpleaños infeliz

Hoy vuelve a ser mi cumpleaños, y, como es costumbre desde que murió Elvira, en lugar de soplar velas, he sacado la pistola del cajón del escritorio, me he apuntado a la nuca y he disparado. Sin embargo, la única bala que hay en el revólver sigue obstinada en no querer matarme. Tendré que esperar al año que viene, como ya es tradición.

Enfermedad crónica

La heterosexualidad de Lolo quedó en entredicho el día que empezó a arrinconar los soldaditos y los coches de plomo, y se echó al suelo a jugar con las muñecas de su hermana melliza. El niño, a pesar de los purés, la bollería industrial y las montañas de macarrones ingeridos, crecía y crecía como una caña de azúcar hasta que, a los nueve años, ya alcanzaba del armario los vestidos de su madre y se disfrazaba y paseaba con ellos por la casa con total impunidad. Su padre, cuarta generación de ingenieros de minas y devoto de santos y milagros, no perdía la esperanza de que, tarde o temprano, su hijo pródigo, su hijo enfermo, sanara. Su madre, al contrario, rompió filas con su marido y las cerró con su hijo. Aunque hubo algún momento de delirio en que, a ojos de su padre, la enfermedad parecía remitir. Como cuando a Lolo se le encendió la pubertad a los trece y trajo a casa una novia espigada como él, de ojos y trenzas de color carbón, con la que aprendió en su habitación juegos nuevos de adolescentes. El espejismo del padre, sin embargo, se desvaneció al cabo de un mes, cuando lo vio subir a su cuarto, arrastrando de la mano a un chico imberbe y retraído, escondido tras un flequillo grasiento. El padre, rendido, renegó definitivamente del «mariconazo». Lolo, herido y enrabiado con la cerrazón de su progenitor, se convirtió en un poliamor experimentado durante sus años de estudios como quiropráctico. Saltaba de flor en flor, saboreaba con frenesí todos los néctares y polinizaba todo lo que se le cruzara por delante. La brecha entre padre e hijo aumentaba, pero, un Miércoles de Ceniza, se abriría del todo irre-

mediablemente. Estaban sentados los cuatro a una mesa de hielo y silencio, y Lolo soltó la bomba de plutonio: «A partir de hoy, llámame Lola». Así, un lunes cualquiera, más nublado que soleado, Lolo falleció en una mesa de quirófano y subieron a Lola a la 402 a que cicatrizara su pasado. Durante la semana de postoperatorio, Lola estuvo acompañada en todo momento de su hermana melliza y su madre, que no dejaba de empapar kleenex emocionada de contar con una nueva hija, salida de la piel de un intruso. También le trajeron flores amigos y amigas, novios y novias. El día que le dieron el alta, mientras Lola se hacía la maleta en la habitación y su familia desayunaba abajo, apareció por la puerta su padre. Lola se quedó de pie, mirándolo, pasmada de que él le sostuviera la mirada. Su padre, con los ojos empañados, dio unos tímidos pasos hasta Lola y la abrazó con miedo de no saber a quién abrazaba.

Sí, quiero

Ernesto, vestido con el traje de los domingos recién sacado de la tintorería, cerró los ojos, trastabilló sobre la barandilla de la terraza y dejó que su cuerpo buscara el vacío. Allá arriba, en su piso de viudo, se quedaba sola para siempre la soledad con la que convivió desde que Lucía le puso los cuernos con un tumor. «Dolerá menos el golpe contra el suelo que los que recibo al recordar», pensó Ernesto durante los siete segundos que duró la caída.

Contra todo pronóstico, Ernesto no murió. Estuvo, eso sí, nueve meses en el hospital recomponiéndose. Una mañana de las tantas aburridas que se pasó allí, en la sala de espera de los rayos X, su silla de ruedas chocó con la de Candela. Tenía ochenta años de arrugas y veinte de sonrisas. Se casaron al poco tiempo en la capilla del hospital y los testigos fueron el fisioterapeuta y la enfermera.

Reencuentro

No pude más. Era incapaz de desempeñar mi papel de viudo, de cargar con ese pesado título que la vida me impuso: el destierro a lo más inhóspito de las soledades. Estaba cansado de conversar a todas horas con ella en todos los rincones vacíos que dejó en casa. Una noche, sin luna ni estrellas, me decidí a hacerlo. Salí de casa con la pala y entré como un ladrón en el cementerio del pueblo. La emoción y el ansia del reencuentro me dieron fuerzas para desenterrar a mi Laura y meter cuidadosamente sus huesos en una bolsa azul de Ikea. Al llegar a casa, fui ordenando sus restos sobre nuestra cama; en su lado, en la misma posición que cuando se echaba la siesta, boca arriba. Con bridas y pegamento instantáneo, fui recomponiendo el torso, las piernas, los brazos, las manos que, falange a falange, entrelacé y posé sobre las caderas. Cuando quedé satisfecho, me tumbé a su lado. Susurrando, por respeto a la noche, comencé a contarle todos mis desvelos desde ese día en que ella se convirtió en recuerdo.

Audifonías

Al principio de conocernos, le ocurría muy de vez en cuando y yo se lo pasaba por alto convencida de que eran migrañas. Pero, a medida que pasaban los años, la enfermedad de Paul (porque para mí es una enfermedad y no un don como piensan sus jefes de la CIA) fue en aumento. En cualquier situación, estuviésemos en el acuario con los niños, en una barbacoa con amigos, una reunión en el cole, haciendo el amor o de visita con mis padres, de golpe y porrazo, Paul se tapaba las orejas con las manos como si fuera el operador sonar de un submarino, cerraba fuertemente los ojos para concentrarse y se dedicaba a escuchar, por ejemplo, una conversación en Moscú entre Putin y un cabecilla de la mafia. Inexplicablemente, Paul tenía la suerte o la desgracia de escuchar y entender miles de conversaciones a miles de kilómetros de distancia. Y solo dejaba de oírlas cuando se dormía. Al día siguiente, de sol a sol, Paul volvía a sintonizar con los mayores secretos de Estado del mundo entero y enviaba cientos de mensajes encriptados a su departamento. Aquello era una locura y tenía que acabar. Yo buscaba el momento de hablar, pero él siempre estaba escuchando a otros. El día que teníamos las maletas en la puerta, los niños y yo lo vimos dando vueltas alrededor de la mesa del comedor, con los ojos cerrados y las manos en las orejas. Nuestro hijo mayor, llorando y sorbiendo mocos, hizo un intento por despedirse de él. Pero su padre lo frenó con la mano y le dijo: «Schsss, ahora no, estoy en una bronca entre el emperador de Japón y su mujer. Parece que se separan».

Especie en extinción

Amanece en el parque del Retiro en Madrid. Después de orinar en un pino, el sintecho se vuelve a su banco y coge de su carrito del Mercadona, aparcado al costado, dos magdalenas resacas que resucitará con vino dulce. El carro está cargado de cartones, bolsas, trajes y camisas del pasado, y su diploma enmarcado de funcionario del Estado. No se ha acabado la segunda magdalena cuando comienza a formarse delante de él la cola diaria de fieles admiradores. Otro día más, por mucho que se esfuerza en librarse de ellos, lo han localizado y tendrá que celebrar audiencia como un rey coronado a la fuerza.

Hoy han venido grupos de jóvenes de todos los rincones del país, que se hacen selfis con él y le preguntan admirados por su trayectoria intachable. Le ruegan de rodillas que abandone su retiro, que funde un movimiento religioso, o político, o ideológico, que les devuelva o infunde su fe perdida. Productores de plataformas de entretenimiento le ofrecen hacer una serie sobre sus treinta años de funcionario, con un expediente inmaculado de malversación, prevaricación y cohecho. Figuras del mundo de la empresa y la banca, trajeados y mezclados entre tanto peregrino, le ofrecen puestos de consejero delegado para blanquear la imagen de sus marcas. Editores le extienden en la cara cheques millonarios para publicar su biografía como hombre íntegro, justo e incorrupto. Personas de toda condición le suplican que no huya y predique con su ejemplo.

Como cada día, el sintecho tendrá que esperar a que caiga la noche para localizar otro banco aún más apartado y esconderse de ellos. Esconderse de este mundo.

No sin mi hija

A Mario

Pablo observa impasible cómo su exmujer cae de espaldas al fondo oscuro de un foso infinito. Durante la caída a cámara lenta, se cruzan las miradas. La de ella es de terror e incredulidad; la de él, de paz. Pablo tiene cogida la mano de su hija de doce años, y ella, a su vez, agarra con fuerza a su inseparable osito de trapo. Asomada al abismo, la niña mira inexpresiva cómo se aleja el cuerpo de su madre. Pablo se arrodilla y abraza a su hija. Por fin es suya; por fin podrán ayudarla psicológicamente; por fin libres. Pero la niña se queda quieta, rígida. Su madre la educó para odiarlo. Sentirse ahora entre los brazos de su padre le resulta incómodo, desconcertante.

Pablo se despierta sudoroso del sueño, el sueño de siempre. Mira el despertador: las dos de la madrugada. En siete horas tiene otro juicio. Así lleva diez años. Luchando por recuperar a su hija, o lo que queda de ella. En siete horas se verá de nuevo las caras con su exmujer, con los abogados con aletas de tiburón, con otro juez, impotente ante tanta injusticia. En siete horas, en la sala del juzgado, Pablo cerrará una vez más los ojos deseando regresar al sueño de siempre.

Pandemias

Convencida por fin, la chica abrió la puerta e hizo el gesto de salir del armario. Pero sus padres que, casualmente, estaban allí en ese momento, la obligaron a entrar y a encerrarse de nuevo. Había toque de queda.